



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9736

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empazará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

MIERCOLES 18 DE ABRIL DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubour Montmartre, 31.

LA CUESTION DE MELILLA Y LA LEGIA JABONOSA DE JOSE IGNACIO MIRABET.

Son dos cosas completamente distintas; pues mientras nuestras tropas salen de Melilla, cada día llegan á Cartagena mayores partidas de la sin rival Legia jabonosa, vendiéndose en los puntos siguientes:

Cooperativa del Ejército y Armada, calle de Jara; Droguería de D. Juan Vilagrán, calle del Carmen; D. Tomas Sosa, calle de Osuna; D. José Ruiz Navarro, Comedias 5; D. José Andreu Costa, San Francisco esquina Palas, Sra. Viuda é hijos de Pico, plaza de las Verduras; don José Garcia y Garcia, calle del Carmen esquina á la de San Roque; Droguería de D. Adolfo Fernandez, calle de San Miguel esquina á la de Jara; D. José Casanovas, Serrera 5; D. José Pagan, Aire 8; D. Victor Martinez, plaza del Sevillano 5; Droguería de los Sres. Cánovas hermanos, Mayor 18; D. Francisco Balibrea, Serrera frente á la Caridad; D. Agustín Couesa, calle de Canales; Don Angel Solano, enfrente de la Caridad; D. José León Costa, Duque esquina á la plaza de San Leandro; Droguería calle del Duque núm. 17; D. Antonio Navas, calle de la Palma; Sra. Viuda é hijos de Máximo Gutiérrez, Verduras 14; D. Ginés Garcia Canonte, Caballos 1; D. Juan Roca, Lizana 1; D.ª Francisca Rubio, plaza Roldán; D. Juan Cecilia, Angel 36; D. Gerónimo Martínez, calle del Aire 2; D. Ginés Ros Barbero, Cuatro Santos 15; D. José Guillán, San Fernando 57; D. Cecilio Cutillas, Serrera.

Para los pedidos dirigirse al único representante en las provincias de Alacoste, Murcia, Alicante y Almería, D. Fernando Giménez de Bereguer, San Fernando 39, pral. Cartagena

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crafks, bombas, bonabats, fuelles para azufiar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de sertideros, sillitas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, muebles utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL. —PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

Suscripción

MENSUAL PARA LA TIENDA-ASILO

Ptas.

Suma anterior. . . . 619'00

Don Juan Sánchez Domenech 5

Don José Sánchez-Domenech y Manzanares.	1'50
• José María de la Torre y González.	1'50
• Nicolás Henarejos (barrio de la Concepción).	0'50
• José Mercader Díaz.	1
• Eduardo Pérez Carratalá D.ª Emilia Pérez y González	1
Don Isidoro Estepe.	1
• Manuel Mariño.	1
• Santiago Soriano.	1
• Manuel Garcia.	1
La niña Herminita Ortiz Visedo.	1
Don Francisco Vera.	1
• Pedro Sabater.	1
• Federico Ansaldo.	1
• Mariano Manzanares.	1
• Estanislao Rolandi Bienert	5
• Juan Gray.	2'50
• Felipe Orejón.	1
• José Andreu.	1
• Juan Alcaráz Romera.	1
• C. M. (Santa Florentina, 34, segundo).	0'50
• Baldomero Madrid.	1
• Eduardo Quinonero.	1
• Jacinto Coromina.	1
• José Romera.	1
• Juan Crespo.	2
• Fulgencio Quecuti.	1
• Andrés Tuduri.	1

Don Francisco Bans.	1'50
Café Imperial.	2
Don Rafael Filles.	2
• Valentín Cerecols.	5
Sra. D.ª Rosario Cerecols.	5
• Concepción Cerecols.	5
Sra. • Nicolasa Abadia.	2
Don Juan Martínez Fernández (Lizana, 3).	1
Sres. Spottorno hermanos.	5
Don Gerónimo Sánchez Avilés (Angel).	1
• Francisco Alberola.	1
• Cayetano Castellón.	1
• Antonio Ferrer.	2

Suma. 692'50

(Se continuará)

En la redacción de este periódico sigue abierta la suscripción.

BEBÉ.

(Colaboración inédita).

I

Como negarse á satisfacer los deseos que os manifieste mimosamente y con la incipiente coquetería femenina, vuestra hija, un hermoso bebé de rostro de manzana encajado en un marco de cabellos de oro, que caen revolucionariamente sobre hombros y espalda.... «Papaíto me compras una muñeca... Mira que sea bonita y muy grande, que diga papá y mamá. ¡Y que ande!...» Y para convenceros de que la muñeca es su suprema felicidad, el bebé os mira entre ansioso y suplicante... su rostro fresco de rosa que no sabe aún lo que es fugimiento muestra un gran deseo y una tímida incertidumbre.... Si permanecéis callados, bebé se apodera de vuestras manos y os besará ruidosamente! Los niños no saben que se besa calladito... luego procurará escalar vuestras respetables piernas hasta encontrarse á horcajada en vuestros muslos... Si el ardid os arranca una sonrisa. ¡Ya os habeis entregado al revoltoso y dulce enemigo de vuestra existencia! permanecerá silencioso escuchando con sus brillantes oja-

zos bañados de la luz de la esperanza que es la más luminosa de las luces, vuestro rostro que para el bebé es cielo de su alegría ó inferno de su desencanto, según el cariz que ofrece. Es necesario algo que os conmueva. Harto lo sabe bebé que en sus fútiles caprichos para los demás, pero para el importantísimas necesidades, ha tenido para lograrlas que recurrir á la táctica del alhago: Si teneis barbas os tirará dulcemente con sus deditos nacarados de ellas: esto no es subirse precisamente á las barbas, pero lo parece: aún más, jugueteará con las guías de vuestros bigotes y aunque su encespado pelaje le haga molestas cosquillas en su finísimo cutis, bebé posará sus labios en los vuestros, acres por el tabaco y os besará una y mil veces. «¿Me comprarás la muñeca?» Os pregunta en voz baja con acento mimoso, suplicante y no haya miedo de que cese en sus ruegos ni en sus caricias si no le contestáis categóricamente. «¡Sí monina!»

Si no contestáis esto, ó no teneis corazón ó es de pefia ó bronce.

II

Fué el entusiasmo de mi bebé un entusiasmo loco, ruidosísimo cuando al descubrir la caja de cartón vislumbró acostada su muñeca, un primor que honraba á las manufacturas alemanas, que Alemania para los niños de cartón, es positivamente mejor procedencia que la de París para las de carne y hueso. La muñeca estaba regiamente ataviada con una túnica de raso azul ceñida á la cintura por una hebilla de plata: el rostro de china tenía con sus abultados carrillos y sus ojos cristalinos muy grandes un aspecto de asombro, los labios rojos y brillantes estaban entreabiertos. ¡Una coquetería de artificio que quiso hiciera «su hija» una microscópica dentadura de propio mufil. Las guedejas de estopa teñidas de un rubio fuerte, el sombrero, los zapatitos de charol y los calcetines

amén de un abanico de cinco centímetros colgado del brazo: pulseiras, pendientes y sortija. ¡Un derroche de pedrería falsa! daban á la muñeca un aspecto de reina de cartón.

¡Mi hijita! ¡Mi hija! gritó gozosamente mi bebé apoderándose de la muñeca... Y como si recordara que debía manifestarme su agradecimiento sincerísimo, corrió á mí y me besuquéó diciéndome:

¡Papaíto! ¡que bueno eres!

Con esto pagan los niños los sacrificios que por ellos se hacen, siempre que los sacrificios les allegue un capricho.

Ya no me acordaba yo de mi nieta de cartón, cuando la otra tarde mi hija entró en mi gabinete arrastrando una masa informe y llorando á lágrima viva.

¿Que te ocurra nena?

¡Papá! ¡papá! ¡Se ha roto! ¡tan bonita como era! y adelantando hacia mí me mostró trágicamente el resto informe que traía en la mano.

¿Pero qué se ha roto?

—Papá la cabeza de la muñeca. Y me señaló el sitio donde debía encontrarse la cabeza del artístico juguete.

Precedió una pausa solemne.

Mi bebé rompió el silencio preguntándome con cómica gravedad.

—Papá? las mujeres tienen como las muñecas la cabeza llova de aire...

ALEJANDRO LARRUBIERA.

TIJERETAZOS

¿Qué cosas tiene «El Defensor» de Granada!

¡Pues no dice que la diputación de aquella provincia mata de hambre á sus empleados!

Todo por que no les paga.

Y por que en veinte meses se han muerto seis.

EL ULTIMO MOHICANO.

471

Por estas razones Heyward y David se encontraron de pronto en medio de los niños ocupados en sus juegos, como acabamos de decir, sin que nadie hubiera dado el menor aviso de su aproximación. Pero en cuanto fueron visos, toda la bandada de muchachos como de comun acuerdo lanzó gritos terribles que nada tenían de armoniosos, y desapareció como por encanto, pues el color obscuro de sus desnudos cuerpos se confundían á aquella hora del día con el color de las yerbas medio secas entre las que se escondían. Cuando la sorpresa permitió á Duncan mirar á su alrededor, sus miradas hallaron por todas partes bajo la yerba, una porción de ojos negros y vivos constantemente fijos sobre él.

La curiosidad de los niños fué para el mayor, un mal presagio y por un momento pensó en retroceder. Pero era demasiado tarde ya para mostrar inquietud. Los clamores de los muchachos habían atraído una docena de guerreros á la puerta de la cabaña mas próxima, y allí permanecieron agrupados esperando gravemente que aquellos que llegaban tan impensadamente se acercasen á ellos.

David algo familiarizado con aquella escena marchó al primero con paso firme, y entró en la cabaña con aire de seguridad: era el principal y mas grande edificio de aquella especie de aldea, si bien ni estaba hecha con mas cuidado ni con distintos mate-

Capitulo XXIII



OCAS veces ocurre que los campamentos de los indios estén guardados por centinelas como los de los blancos; advertidos por sus sentidos de la aproximación del peligro cuando aun está lejos, los salvajes confían generalmente en su perfecto conocimiento de los indicios que se ven en el bosque, en lo extenso del país y en las dificultades que presentan los caminos que los separan de sus enemigos.

En esta ocasión, los pueblos aliados de los franceses conocían demasiado la fuerza del golpe que se acababa de dar, para temer ningún peligro inmediato por parte de las naciones enemigas que se habian declarado por los ingleses.

EL ULTIMO MOHICANO.

467

cascadas sobre un suelo más bajo, se veían unas sesenta cabañas toscamente construidas, y cuyos materiales eran troncos de árboles, ramas, malezas y tierra. Parecían colocadas á la casualidad, y sin ninguna pretensión, ni siquiera la de la limpieza. Eran tan interiores por todos los conceptos á las de los castores que Duncan acababa de ver, que aquel espectáculo lo sorprendió más aún que el primero.

Su extrañeza aumentó, cuando á la luz del crepúsculo vió veinte ó treinta formas que salían alternativamente de entre las yerbas altas que crecían frente á las cabañas de salvajes, y que desaparecían tan rápidamente como si se sepultasen en las entrañas de la tierra. No pudiendo más que vislumbrar tan extrañas figuras, que solo eran visibles un momento, empezó á creer que se trataba más bien de seres sobrenaturales, que de criaturas humanas formadas con materiales vulgares de carne, huesos y sangre. Un cuerpo desnudo aparecía un momento agitando los brazos en el aire con gestos extraños, y se desvanecía inmediatamente para reaparecer de pronto más lejos, ó para ser reemplazado por otro que tenía el mismo caracter misterioso.

David, viendo que su compañero se habia detenido, siguió la dirección de sus miradas y trató de llamar á Heyward á la realidad dirigiéndole la palabra.

— ¡Hay aquí mucho terreno fértil que languidece